

EL CAMINO MAS CORTO

POR

MEDARDO FRAILE

A poco de volver de la India—no hacía un año aún que cobraba la jubilación—, empezó a decir Mathias que no sabía que hubiese ninguna religión acertada y que tenía una buena idea, una idea básica llamada a tener muchos adeptos. Con este motivo empezó a escribir cartas que a veces rompía y a veces echaba al correo. Y así, un buen día, se recibió una respuesta de Canterbury, del secretario de un secretario, que todos los vecinos fueron leyendo por las tardes, mientras bebían cerveza en «Three Jolly Gardeners»:

—Parece que le hacen caso—se empezó a decir.

Ruth estaba intranquila. Al principio creyó que era una manía más, como cuando le dio por observar a las currucas, o coleccionar huevos de aves marítimas o sellos del Commonwealth. Pero tuvo que rectificar cuando le oyó decir un día que había que vender la casa para comprar otra—o mandar hacer una—más adecuada a los fines que se proponía, que eran—añadió—encauzar a Dios las almas convenientemente. Y, por primera vez, Ruth le oyó decir algo que le pareció sólo una incoherencia: God's: de Dios.

Un domingo, a la hora del té, apareció Mathias con dos hombres que Ruth no conocía. Llevaban planos y la saludaban con unción y untuosidad extrañas, y la miraban, y parecían como sorprendidos de verla tan normal, ocupándose del cake y de los sandwiches y preguntándoles si querían echar la leche antes o después del té. Eran de una inmobiliaria. Y, antes de marcharse, los dos y Mathias firmaron en un papel, cuya última frase era: «En domingo, día del Señor.»

Mathias había canjeado su casa por otra de una sola planta, pequeña, en forma de capilla, con un jardinillo detrás, en el que, al fondo, contrató la construcción de una barraca de cinc para vivienda.

Ruth lloró. Pero él la miró larga, mansamente, y con palabras que a ella le sorprendieron, porque le recordaron las del reverendo señor Donoghue, al que habían tratado en Rawalpindi, dijo:

—Antes de llorar deberías haber considerado en posesión de cuánto bien inmerecido estás ahora. Antes de llorar, sígueme, aprende y alégrate en el fondo de tu corazón.

Hacía cerca de cuarenta años que estaban casados y nunca le había oído hablar así. Era como si se le hubiera vuelto la lengua de terciopelo, como si hubiera lavado sus palabras en agua muy limpia, como si en su garganta tuviera un estuchito de miel. Antes era casi vulgar cuando hablaba.

Mathias y Ruth se trasladaron a la capillita, y a ella le impresionó: primero, su pobreza; luego, que las palabras que decían producían un eco blando, sordo, como si se arañaran o se escabulleran un poco en la pared. A Ruth el eco le daba miedo, pero él la tranquilizó diciendo:

—Las palabras que oyes son las mismas de antes, pero las oyes distintas porque ya no eres la misma.

Los primeros días fueron muy duros: hubo que arreglar el jardín, donde Mathias estableció el sitio para veintiuna variedad de flores, que habrían de simbolizar lo que él llamaba «la ofrenda de la guinea», a las que, sin duda, acudirían un día veintiuna variedad de mariposas, etc. Hubo que poner en condiciones el barrancón, meter lo indispensable y adornarlo un poco. Hubo que instalar una estufa en la capilla y hacer, además, un agujero ancho, bastante hondo, en el presbiterio. Tuvieron que dibujar los carteles de propaganda para atraer a los primeros fieles, comprar doce sillas —de momento— y colocarlas, etcétera.

Mathias hizo exactamente siete carteles, cada uno con un color del espectro solar, para anunciar el primer «servicio» de la religión nueva, un domingo, a las once de la mañana. Los carteles tenían las siguientes frases: «El camino más corto está esperando», «Ya no hay por qué dudar», «Usted y el oficiante tienen la misma importancia, por lo menos», «El genitivo sajón más simple ahuyentará al diablo», «Esta es la casa de Dios y la suya», «Dios, por fin, al alcance de todos» y «Olvide lo aprendido y sepa más».

El primer domingo, a las once, entraron, tímidamente, mirando y remirando la capilla con cierto disimulo, dos mujeres maduras con sombrero —que, desde luego, no se conocían—, cuatro viejas —posiblemente asistentes—, con sombrero también, y un muchacho alto, pálido, con un libro de oraciones o salmos bajo el brazo, que se fue al fondo, a un rincón, y no dijo nada.

Mathias estaba un poco nervioso y se mezcló, sonriendo, entre los futuros fieles, presentándose:

—Mathias Skulker.

Se presentó y habló de que estaba lloviendo —cosa que sabían todos—, de que había hecho sol el viernes y que la radio anunciaba más lluvia y frío la próxima semana.

Habían pasado todos veinte minutos hablando del tiempo animadamente, cuando se oyó una voz, más bien cavernosa, pero educada, que dijo:

—Aquí hemos venido a hablar de la eternidad..., no del tiempo.

Era una de las viejas, que, por lo exigente y presuntuosa, no debía ser—como a Mathias le pareció al principio—una asistenta.

Una de las mujeres maduras preguntó si se podía fumar.

Mathias dudó unos instantes, y luego, sibilante, cerrando los ojos, dijo:

—Todo es incienso, según se mire.

Con lo que la mujer abrió inmediatamente su cajetilla y encendió un cigarrillo con aire de reto.

La secundó, en silencio, el joven del rincón.

Mathias se metió hasta la cintura en el agujero del suelo, en el presbiterio, y dijo, entre otras cosas:

—«Mi púlpito, hermanos, es al revés: no sobre vosotros, sino bajo vosotros. Porque ya está dicho: “Usted y el oficiante tienen la misma importancia, por lo menos.”

Gracias por acudir a la llamada y estar aquí en este habitáculo vacío de objetos hechos por la mano del hombre—excepto la estufa y las sillas—, pero lleno del que todo lo llena. Nuestra intención ha sido ésa: que sólo habite aquí su palabra.

Nuestra religión es muy simple: vosotros creéis en El, por eso estáis aquí. Seguid creyendo.

Dios no podrá nunca explicarse, aunque se escriban sobre El millones y millones de libros.

¿Comprendéis bien a vuestro vecino? ¿Sabéis que sois una micropartícula infinitésima, inimaginable, en el cerebro de Dios? ¿Pues cómo queréis comprender al que todo lo comprende?

Las religiones—todas menos ésta—nos llevan a la duda o a prácticas oscuras. ¿Por qué? Porque quieren explicar lo que no está al alcance del hombre y se entregan, además, a ceremonias de alabanza, sin sospechar esto: cada movimiento que hacemos—cualquiera—, obedece y alaba al Señor. Por eso digo: “Olvide lo aprendido y sepa más.”

Pero vosotros diréis: hay actos y pensamientos malos. Pues bien, debemos reducirlos a cenizas. ¿Cómo? Diciendo, con frecuencia, durante el día: God’s: de Dios. Al final de una conversación, al entrar en casa, al salir, al levantarse, al hacer o decir cualquier cosa, hayamos o no acabado. El diablo permanece en el acto y en el pensamiento malo; pero, al decir God’s, se funde como lacre, se convierte en pomo de ceniza.

Sed buenos, moveos como si os estuvieran mirando desde arriba y no hubiera —y no hay— dónde esconderse; creed como hasta ahora lo habéis hecho y ya estáis “en el camino más corto”.

Ahora, hermanos, podéis orar aquí el tiempo que queráis o retiraos a vuestros hogares.»

Excepto el joven y una de las mujeres maduras, que se marcharon, los demás se quedaron charlando, sin hacer caso de la exhortación a orar.

A Ruth, por ser el primer día, le pareció oportuno sacar dos botellas de Jerez, y así lo hizo. Salieron todos al jardín, aprovechando que, durante diez minutos, las nubes tuvieron prostatitis.

La que fumaba preguntó de pronto, afectando cierto misticismo:

—Querido míster Skulker, ¿y cómo nos llamamos? ¿Cómo se llama nuestra religión?

Míster Skulker cerró los ojos, apretó las mandíbulas, esbozó una sonrisa y dudó en su interior, aunque parecía concentrarse.

—¿Que cómo os llamáis?

—Sí.

—«Todo». Os llamáis «todo».

Los fieles se miraron un poco decepcionados. Hubieran preferido llamarse «algo». Mathias lo advirtió y se prometió a sí mismo darles, otro día, un nombre distinto.

Poco a poco se fueron marchando y él salía a despedirlos a la puerta, haciendo ademanes animosos, abarcadores, medidos, como si echara el grano a unas gallinas.

Cuando se fueron sintió plenamente algo que le venía molestando desde mucho antes. Remordimiento de conciencia quizá, insatisfacción. Le dijo a Ruth:

—Algo me ha traicionado. God's. Me he sentido, no sé por qué, como un tendero que vende una mercancía. God's. Temía que se fueran si yo no era amable; temía quedarme a solas con mi religión y he estado menos pendiente del Hacedor que de la mercancía... God's.

Pero Ruth le tranquilizó y le animó, y le miraba ya de otra forma, porque nunca hubiera esperado tanto de él, ni el sermón, ni siete adeptos. Ruth, mientras hacía la compra a diario, se iba informando, por instinto, sin proponérselo, de la índole de los «parroquianos» de Mathias: estado, clase, empleo, etc.

En domingos sucesivos, él les habló de «la ofrenda de la guinea» y de lo que significaban las doce sillas —que nunca se llenaban— u «ofrenda del chelín». El contenido de estas ofrendas era cambiante; lo importante era el número. Del «arco iris santo de la propaganda», del «ígneo genitivo sajón» —a más grados que el infierno—, etc., hasta

que pasados los tres primeros meses editó una hoja con lo esencial de la doctrina, que iba siendo ya enrevesada y prometía perfilarse más en ediciones sucesivas.

—Tengo que dar un frenazo, porque este oficio crece —le decía a Ruth.

Lo que no crecía era el número de fieles ni siquiera la fidelidad de los mismos.

Naturalmente, de vez en cuando había gente desconocida que entraba, miraba, escuchaba y no volvía más.

Un día les anunció el nombre definitivo de su doctrina, «Ceroísmo», y «ceroístas» los fieles.

—Partimos de cero —les dijo—. Aún más: estamos en el cero, como la gota de agua. Es el lugar de toda orfandad y potencialidad; el sitio donde aún no hay errores, ni ofensas, ni pretensiones vanas. El cero es el anticipo del Paraíso, la zona más pura de adoración. El cero no es nada, como nosotros. Creemos en nada para creerlo todo...

—Querido Mr. Skulker —dijo la que fumaba—, ¿y a usted cómo hay que llamarle, sacerdote, ministro, reverendo...?

—A mí, Su Voluntad.

—¿Su Voluntad...? ¿Cómo?

Una de las viejas intervino, rápido:

—Así: ¿Ha descansado hoy Su Voluntad? ¿Se encuentra hoy mejor Su Voluntad? ¿Está en casa la esposa de Su Voluntad?

—Así —dijo Mathias.

Lo de «Su Voluntad» le hizo gracia a la más peripuesta de las viejas, porque decía que «Su Voluntad Mr. Skulker» era un hombrecillo delgado, con las orejas de soplillo y barbilla ligeramente huidiza, y que ella podía imaginar muy bien otras hechuras para un hombre que fuera llamado «Su Voluntad».

Y, un día, la misma vieja dijo, en voz alta, que «Su Voluntad Mr. Skulker» debería salirse del agujero del presbiterio para hablar, porque, con la cara que tenía y medio cuerpo enterrado, parecía el mismísimo diablo y ella había tenido insomnio y «visiones» varias noches.

Pero estas cosas no habrían llegado a más, a no ser por tres hechos que ocurrieron luego.

Una de las viejas ceroístas, antes de morir, encargó a su familia que «Su Voluntad Mr. Skulker» dijera su oración fúnebre. La familia —compuesta de seis miembros—, acompañada de un matrimonio amigo, escuchó al orador. Hay que decir que el «ceroísmo», británico de nacimiento, había soslayado el tema de la muerte, y Mathias tuvo

que desbrozar dos caminos: el funeral de la nueva doctrina y el del alma de la finada hacia la eternidad. Mathias no estuvo inspirado. Atento al efecto moral en los oyentes, minimizó demasiado el papel cosmológico de la difunta. Comparó su vida a la de una pulguita escondida, en medio de una noche inmensa y oscura, en el surco imperceptible de una brizna de hierba. Dijo que su voz no había sido voz, sino eco. Que sus obras en el mundo no habían sido mejor ni peor que las de cualquier oveja de cualquier redil, etc. La familia se molestó, y exteriorizó su desagrado alabando, con firmeza, a la vieja y negándose a pagar a Mathias.

El joven alto, pálido, con un libro de oraciones o de salmos bajo el brazo, que era, hasta cierto punto, un feligrés asiduo y bueno —aunque fumara, y tuviera un tic en un ojo, y estuviera siempre hoscamente callado— adquirió, de pronto, alguna notoriedad. Su foto apareció en los periódicos, como estrangulador confeso de Miss Dorothy Radford, una secretaria de cuarenta y dos años. Obvio es decir que el joven no pudo ya volver a la capilla.

Por último, la mujer madura que fumaba, le cogió devoción a visitar la iglesia hacia las cuatro y pico de la tarde, cuando Mathias y Ruth tomaban el té tranquilamente—ella haciendo punto, él leyendo el periódico—en su barraca del jardín. La mujer madura que fumaba, se sentaba con uno—que no era ceroísta—junto a la estufa, y allí se estaban tan ricamente besando, etc., y, a veces, comiendo sandwiches, cuyo envoltorio iba a parar al agujero donde Mathias predicaba.

Mathias, cuando lo descubrió, pidió consejo a Ruth, y Ruth, mujer al fin, condenó a la fumadora, que, con su pareja, fue expulsada una tarde categóricamente. Porque ni «Su Voluntad Mr. Skulker» ni «la esposa de Su Voluntad» querían ser menos que otros religiosos, tratándose de ciertas faltas. En este caso, adulterio.

A la capilla ya no iba prácticamente nadie y los dueños pusieron allí una mesa, junto a la ventanita ojival, y allí tomaban su sopa de champignon, y otras comidas comunes, como cada quisque en su casa.

Pero el hundimiento definitivo de Mathias y de su creencia vino cuando puso en la puerta aquel enorme cartel que decía: «No sois el pueblo de Dios». Y de ahí en adelante, lo dijo ya casi todo—¡y con qué cólera!—, hasta el día de su muerte. Pero él murió en el seno del «ceroísmo».

MEDARDO FRAILE
University of Strathclyde
Department of Modern Languages
Livingstone Tower
GLASGOW C. I. (ENGLAND)